

Lucio Muñoz

El poder de la luz y la materia

Lucio Muñoz
Pinturas i collages
GALERÍA
MARLBOROUGH
BARCELONA

València, 284
Tel. 93-467-44-54
infobarcelona@galeria
marlborough.com
Hasta el 26 de marzo

N.H.

La galería Marlborough vuelve a rendir homenaje al pintor Lucio Muñoz (1929-1998) con una muestra que nos acerca los momentos fundamentales de la trayectoria creativa de este gran exponente de la abstracción española de la segunda mitad del siglo XX.

Pinturas i collages recupera piezas de la década de los sesenta, de corte trágico y pintura negra con un marcado carácter informalista, desplegando a continuación una selección de maderas, protagonistas absolutas en su obra, que pintadas, ensambladas o enmohecidas suponen el recurso plástico más identificativo de este artista. Junto a ellas, se exponen cinco collages sobre papel, un material más flexible que les confiere una mayor libertad y dinamismo. Los saltos en el tiempo permiten observar su evolución en la captación de la luz y una voluntad de ordenar el caos de la materia. Destaca la expresividad de *Ruk de Octubre*, 1989 así como las piezas de los años noventa que muestran a un Lucio experimentado y veterano que ha alcanzando la plenitud creativa, a través de una obra desnuda teñida de serenidad y equilibrio. Su trabajo es una metáfora de la realidad, de la destrucción y la creación, exaltando los poderes de la materia y la luz. |



01 'Ruk de octubre', 1989
Técnica mixta sobre tabla

02 'León', 1985
Técnica mixta sobre tabla



02

Espacios

Reflexión

Paisajes de la memoria

"Au fond, il n'est Pays que de l'enfance" (Roland Barthes, 1977)

JOAN NOGUÉ

Se ha escrito mucho sobre los paisajes de la memoria desde un punto de vista histórico, patrimonial y cultural. Baste recordar auténticas obras de referencia como *Landscape and Memory* (1995), de Simon Shama, en el ámbito anglosajón, o la edición colectiva aparecida en Francia entre 1984 y 1992, en varios volúmenes y dirigida por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*. El paisaje entendido como receptáculo del pasado en el presente, como un rico palimpsesto constituido por varias capas superpuestas que traslucen el legado de la historia a través de yacimientos arqueológicos, monumentos, obras de arte, tramas urbanas o antiguos patrones paisajísticos reconocibles sin mucha dificultad, es y ha sido un tema recurrente y de enorme interés y relevancia. Aún hoy –y quizá más que nunca–, son evidentes las conexiones de estos paisajes de la memoria en mayúsculas con determinados discursos ideológicos y políticas culturales de carácter patrimonial.

En el presente artículo, sin embargo, me propongo incidir en los paisajes de la memoria en minúsculas, esto es, los de carácter mucho más individual e intimista, por decirlo de alguna manera. Me pregunto hasta qué punto estamos influenciados por los paisajes de nuestra memoria personal, por los recuerdos de nuestra particular historia. ¿Cuál es el peso del pasado, de nuestro pasado personal, en la percepción del presente? Los recuerdos de la infancia, los lugares que vivimos de pequeños, sus olores, su tacto, su luz, ¿cómo nos influyen a lo largo de nuestra vida? Porque, si algo está claro, es que estos lugares no nos abandonan nunca: siguen ahí, pensamos en ellos, soñamos con ellos, volvemos a ellos. ¿Y los paisajes que se lleva consigo el emigrante en su baúl de los recuerdos? ¿Cómo lidia con ellos en su nuevo destino al percibir y vivir paisajes que desprenden otro aroma, que resuenan de manera distinta? ¿Está teñida su percepción de la memoria del pasado? ¿Y los objetos? ¿Cómo leemos y revivimos, de mayores, aquellos objetos que aún permanecen con nosotros, pero que pertenecen a nuestro pasado, o al de nuestros familiares?

Soy consciente de que estas pre-

guntas no tienen fácil respuesta y de que aún no se ha investigado suficientemente la cuestión, a pesar de las aportaciones que están llegando desde la antropología, la geografía cultural, la psicología social y otras tantas disciplinas convencidas de que miramos a nuestro alrededor y actuamos en el espacio geográfico no tanto en función de un supuesto entorno real, *objetivo*, sino en función de la percepción que tenemos del mismo, influida, a su vez, por el pasado familiar, la personalidad de cada uno, o los patrones culturales, entre otros muchos factores. A través de estos fil-



tros recordamos y evocamos lugares una y otra vez porque nuestra memoria, más que temporal, es espacial. Los recuerdos del pasado se acumulan en el inconsciente como si se tratara de una estratificación de lugares, reales u oníricos, en los que localizamos y situamos vivencias y sensaciones. Cada uno de nosotros dispone de su particular mapa mental que relaciona las experiencias vividas con los lugares concretos donde se vivieron: el itinerario que seguíamos para ir a la escuela, los rincones de los juegos, de las aventuras, de los primeros encuentros amorosos. He ahí nuestros paisajes de la memoria, nuestro atlas de las emociones.

Individual y repetido

Estas sensaciones, estas vivencias, en principio estrictamente individuales, se repiten en todos y cada uno de los mortales, lo que las convierte, de hecho, en universales, si bien vividas de manera subjetiva y

a menudo intransferible. Este carácter personal y a la vez colectivo explica la importancia del fenómeno, nada baladí ni mucho menos banal. No sólo deja su impronta en nuestra existencia cotidiana, sino que ha impregnado e impregna en buena medida la literatura y el arte. La forma en que nos *reconstruimos y reinventamos* al entrar en contacto con un nuevo lugar, o al visitar, física o mentalmente, los lugares de nuestro pasado, es, en mi opinión, uno de los ejes fundamentales de la creación literaria y ya no digamos del cine.

Sin ir más lejos, la película *Las horas del verano*, dirigida por Olivier Assayas y estrenada hace muy poco, es un ejemplo, entre mil, de narraciones contemporáneas que giran en torno a lo que aquí estamos planteando: el papel de las raíces, los lugares de la infancia, la memoria compartida por la familia en contraste con la fragmentada y personalizada por cada uno de sus miembros, el rol de los viejos objetos familiares, la tensión entre las

gos emigrados a América a través de los dibujos de Castelao y las fotografías de Manuel Ferrol y de Virxilio Vieitez.

Dualidad e identidad

Castelao, emigrante a América de niño y más tarde exiliado republicano, plasmó gráficamente como nadie esta dualidad tan propia del emigrante, en concreto del emigrante ya asentado en Cuba, en Argentina o en Venezuela. Este vive entre dos mundos, entre dos paisajes, disfrutándolos y sufriendolos a la vez. Los dibujos de Castelao proyectan la doble identidad que el emigrante va conformando con uno y otro mundo, con uno y otro paisaje. El éxito y la extraordinaria difusión de dichos dibujos entre esta emigración gallega se debe, según Carmen Pena, a la facilidad del autor para reflejar en pocos trazos las vivencias en torno al paisaje íntimo, discreto y nada sublime, del gallego que emigró: el valle, la aldea, la casa, la huerta, la taberna e incluso los paisajes portuarios y mari-



Maletas y enseres apilados para su carga en un barco que transportaba emigrantes gallegos en los años sesenta

ARCHIVO LA VANGUARDIA

experiencias locales y las formas de vida globales.

Ahora bien, si hay algún colectivo que vive de manera particularmente intensa estos paisajes de la memoria, este es el emigrante. La geografía afectiva de la persona que emigra es muy rica, y vivida con pasión. El emigrante rellena sus maletas de tantos paisajes de la memoria como puede. Una vez en el punto de destino, los revivirá a través de fotografías, objetos, música y gastronomía. Los paisajes, en efecto, se comen: un alimento muy propio del lugar que se abandonó, con su sabor y olor característicos, nos traslada al mismo en cuestión de segundos, aunque estemos a miles de kilómetros. ¿Cómo se vive la tensión entre el paisaje de llegada y el de salida? El tema da para mucho y voy a poner sólo un ejemplo. En un capítulo del libro colectivo *La construcción social del paisaje* (2007), Carmen Pena analiza la cuestión para el caso de los galle-

nos de los que partieron; en definitiva, un paisaje de la memoria personal que la nostalgia eleva a categoría. Por su parte, las imágenes de Manuel Ferrol y de Virxilio Vieitez, ambos excelentes fotógrafos populares, captaron paisajes emblemáticos para el recuerdo, también muy ligados a los paisajes de la memoria personal: las mujeres que se quedaban en la casa, los puertos atiborrados de gente que acudía a despedir a los familiares, los transatlánticos que se alejaban, los lugares de trabajo alrededor de la casa, las mozas posando el día de fiesta en el cementerio. Ferrol y Vieitez sabían que estas imágenes se adecuaban a los paisajes de la memoria cotidiana del emigrante y por eso tuvieron tanto éxito. Sabían que estos eran los verdaderos lugares, es decir, en palabras de Martin de la Soudière, "c'est qui reste quand on a tout oublié de l'espace". Aquí y ahora se abre ante nosotros un extraordinario universo por descubrir. |

Rep El malestar de la cultura

